

Memorabilia

Cervantes y otros Mancos

Fuzio

Hasta las personas más ligurantes -¡que las hay!- han sido hablar alguna vez de Don Quijote y Sancho Panza, los cuales, según bien se sabe, no existieron nunca. Este conocimiento tan difundido de personas incógnitas permite comprobar que la ficción en las sociedades humanas corre mejor destino que la realidad más tangible y severa.

De ahí el éxito renovado del rumor. Don Quijote y Sancho Panza fueron rumores que echó a volar un ex soldado y alcaide de un pueblo, que decía tentarse república de ser "conde del condado de Lemos", con el fin de escapar en sueños de las penas de una prisión estrecha y molesta a la que había sido con-

tinuado por irregularidades en el ejercicio de su cargo de recaudador de impuestos.

Los rumores en torno a la presencia de Don Quijote y Sancho Panza cobraron, andando los años, un carácter de veracidad histórica tal que ni los más profundos estudiosos de autores de mentes, esto es, los llamados "cervantistas", profiriendo como la mala hierba, han conseguido deshacer.

Los "cervantistas" se empeñan en mencionar "firmas literarias" a los mencionados Quijote y Sancho Panza. Las gentes humildes e ignorantes, que forman la gran levadura de los pueblos cultos, se obstinan, en cambio, en darle con el mazo del hecho. Sin ser exóticos o ilusos, estas gentes menesterosas de



realidad sustantiva han incorporado al acervo de su historia los caracteres capitales de esos dos tipos descritos por Cervantes.

Recuerdo que era yo muy niño cuando unos muchachos de la vecindad, el Manuel Rojas y el Juan Zorrilla, me vinieron por

primera vez con el cuento de Don Quijote y Sancho Panza. Naturalmente, no habían leído jamás a Cervantes, al que ni siquiera aludían. Pero, con todo, se conocían al dedillo algunas de las páginas más celebradas del libro famoso. Cervantistas por generación espontánea, cervantistas sin Cervantes, Manuel Rojas y Juan Zorrilla, ellos mismos dos personajes de novela picaresca, cortaron también episodios casi inverosímiles de un "Pedro Urdemalé", cuya originalidad provenía, obviamente, del Pedro de Urdemalé de don Miguel de Cervantes. Con el fin de no achicarse ante la fisonomía moral de su personaje, los narradores a quienes me refería solicitaban el pago previo de unas monedas de vellón por la promesa de su cuento.

Eso sí, cumplían. Nunca faltaban a la palabra empeñada.

No obstante, ser aquellos tiempos de crisis (convulsos en medio de un mar de rumores el segundo gobierno de don Amaro Alessandri), la palabra empeñada era lo único digno y honroso que le quedaba a un pueblo que había perdido todo con motivo de la catástrofe económica mundial y la caída brusca de las exportaciones de nitrato.

Palabra de hombre, decíamos para demostrar desde pequeños la formalidad institucional de nuestros actos.

En efecto, era educación, otra crónica. Ahora los quienes no sólo se permitían contra el cumplimiento de la palabra empeñada, también se atrevían a negar la realidad aludiendo de las mentiras de Pedro de Urdemalé.

Cervantes y otros mancos [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cervantes y otros mancos [artículo] Filebo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

